

huellas acardenaladas de la flagelación, verdugones hinchados y negros. Respiraba estertorosamente, y de sus manos, traspasadas por los clavos, descendía gota á gota la sangre. Los niños miraban, sin comprender, angustiados, fluctuando entre romper á sollozar ó esconderse en los rincones, por no presenciar aquella lástima atroz.

—¿Ves?—exclamé dirigiéndome á mi guía infantil.—Eso real que sólo hoy, á estas horas, se te presenta... eso es la Vida. No la llores. ¡Salir del Limbo es ir al martirio, rapaz!

El chico alzó la cabeza, miró ahincadamente al Crucificado, y un estremecimiento le sacudió... Era el escalofrío del horror silencioso. De pronto se volvió hacia mí, me contempló con arrogancia, y exclamó, respirando firmeza y decisión inquebrantable:

—Pues yo quería vivir.

IV

La Noche Buena en el Cielo.

CÓMO subí del brumoso Limbo al Empíreo radiante? ¿Fué cabalgando en un hilo de luz? ¿Fué entre las alas de una nube? ¿Fué saltando de estrella en estrella, peldaños de la escala mística que en sueños vió Jacob? Posible me parece cualquiera de estos medios de locomoción, porque si nuestro cuerpo es plomo, centella es nuestro espíritu.

Ello es que de improviso me sentí envuelta en una ola azul, sutil, delicadísima, que compararía á la turquesa disuelta, si hubiere visto alguna vez y en alguna parte la disolución de esa piedra preciosa. Y la alegría y exaltación de todo mi ser, el raptó de mis potencias y sentidos, me dijeron á voces: "¡Quién como tú! Estás en el cielo."

Repito que me puse alegre como unas pascuas; el gozo procedía sobre todo de la imaginación, porque yo no experimentaba ningún beneficio positivo, pero eso de pensar que uno está en el cielo es ya la mitad del cielo, ó más de la mitad.

No obstante, pasados los primeros momentos, empezó á convertirse mi júbilo en extrañeza é inquietud vaga. Azul encima, azul debajo, azul alrededor, azul por todas partes...; no sólo era raro, sino monótono y sin pizca de chiste. ¿No habría en el cielo más que tonos cerúleos, y por toda distracción concertantes de violines, violas y arpas? ¿Se reduciría la fiesta de Noche Buena en la mansión de los escogidos á un baño en las ondas turquíes del éter? ¿Tanto ingenio y variedad en los castigos infernales, y tanta insipidez y poquedad en las celestes recompensas?

Estos eran mis irreverentes pensamientos, cuando, deslizándose por la superficie azulina, y tersa del misterioso lago, vino á mí un hombre vestido con ropilla de terciopelo negro, coronado de laureles, parecido á Cervantes en el avellanado rostro; mas no era el Manco, porque en melodioso italiano del *Seicento* me aseguró ser el mismísimo Cisne sorrentino, autor de la *Jerusalem*, maniático, melancólico y muy honesto enamorado. "He adivinado—me dijo—lo que cavilas, y quiero demostrarte que te engañas y que el cielo no es aburrido ni soporífero, sino cosa muy buena.

"Esa idea de la monotonía del cielo proviene de que el cielo es por esencia inefable; no se puede explicar con palabras, y el infierno y el purgatorio sí; los sufrimientos y los males están al alcance de la comprensión de un mortal; la beatitud eterna no la comprende sino quien ya la disfruta. Sólo hoy, por ser Noche

Buena, nos es permitido comunicar algunas partículas del bien sumo á los pobrecitos *enterrados* (desterrados no lo sois, puesto que en la tierra vivís). Y así te diré, en primer lugar, que el cielo no es inmovilidad é inercia, sino, al contrario, vida á raudales y actividad intensa y siempre fecunda. Sé por un ángel ambulante, de esos que van y vienen á vuestro globo, que cierta secta procedente de la India goza ahora de singular favor entre los sabios europeos, y esa secta ridícula hace consistir la beatitud en pasar cientos de años contemplándose el ombligo en un acceso de estrabismo convergente... Ríete de esos ascetas bizcos: en el cielo todos miran derecho, franco y alto; las pupilas irradian luz... ¿No ves las mias?,"

Era verdad; los ojos de Torcuato Tasso, nublados en vida por la demencia y el dolor, relumbraban ahora como soles, claros, puros, magníficos, ventanas que descubrían el alma glorificada y dichosa. Envidia me causó el mirar del Cisne. ¡Cuán diferente de otro mirar torvo y siniestro que había pesado sobre mi corazón al acompañarme el Cisne suicida!

Desciñóse el Tasso su corona de laurel, y me ofreció una hoja. La cogí, y el talismán obró inmediatamente sus mágicos efectos. A manera de telón de raso que se descorre, vi arrollarse el azul ambiente, y allá en el fondo divisé los resplandores de la gloria. Vi en espléndida perspectiva aquella ciudad santa que, extendiéndose por millones de leguas, es toda de oro, margaritas y piedras preciosas; lucidísima

y transparente como el cristal; sus torres y almenas de jacinto y topacio; su atmósfera de lumbre; sus cercanías, campos de fresquísima hierba y raras flores, movidas por un aura embalsamada y deliciosa.

—Ahí tienes—advirtió el Tasso—la Jerusalén celeste, tal como la idearon y describieron los autores místicos. Por ella discurren los bienaventurados, sumidos, como la esponja en el mar, en un piélago de gozo que los penetra y envuelve; gozó dentro y gozo fuera, gozo en lo alto y en lo bajo, y gozo lleno en todas partes (esto debías saberlo ya, por referencia de San Anselmo). Los bienaventurados se encuentran ahí como esponjas, pero como esponjas que tuviesen tantos sentidos del gusto cuantos ojuelos y poros, y las metiesen en un mar de leche y miel, gozando con mil bocas de toda aquella suavidad y dulzura. Vive su entendimiento con perfecta sabiduría; su memoria con inmortal representación de lo pasado; su voluntad con plenísima satisfacción; los sentidos con continua delectación de sus objetos...

—¡Ah!—exclamé.—No comprendo, poeta; no me puedo figurar ese estado beatísimo, y creo que pierdes el tiempo en querer iluminar mi torpeza... Oigo tus palabras; me suenan bien, son dulces, deliciosas; pero *no veo* lo que expresan... ¡Quisiera ser esponja ya!

El Tasso me dedicó una de sus preciosas miradas, húmeda de compasión por más señas.

—¡*Poverina!*—contestó.—Voy á ver si te ilustro con imágenes más adecuadas para ti.

Te gustan las artes, ¿no es cierto? Verbigracia, ¿eres aficionada á la música?

—A la música, no tanto; pero con todo... si es muy fina, muy escogida y de poco estrépito...

—Pues haz por conseguir el grado de santidad de tu compatriota la fervorosa virgen Doña Sancha Carrillo, y verás cómo, estando enferma y para morir, con un acorde no más que llegue á tus oídos de la música del cielo, se te quitan todos los males y dolores, y quedas sana de repente.—¿No te acuerdas de que el canto de un pajarillo sólo tuvo suspenso á un santo monje por espacio de trescientos años?

—Cisne, háblame de letras y no de notas y acordes. Más música hay en tus estrofas que en ópera ninguna.

—¡Ah, incorregible!—respondió él.—Voy á abrirte el apetito, á ver si te llevo por el camino de la bienaventuranza. Cada espíritu tiene sus asideros; ¡á ti hay que cogerte por el de las letras, empedernida, impenitente, aragonesa de Cantabria! Para que te tomes el trabajo de ganar el cielo, sabe que si llegas á entrar en él, encontrarás juntos á los grandes poetas y á los autores ilustres de todo siglo y de toda nación, y podrás charlar con ellos, ó, mejor dicho, escucharles á tu sabor, y te recitarán sus versos y sus prosas... sin el contrapeso de tener que alabárselas... ¡Te será dada ciencia infusa, y comprenderás al oído y gustarás con deleite el griego de Homero, Píndaro y Safo, el sanscrito de Valmiki, el hebreo de

Salomón, Job y David, el zendo de Firdusi, el latín de Virgilio y el ruso de Pouschkine... Además (abre el ojo) verás esculpir á Miguel Angel, y no te digo que verás pintar á Rafael, porque sé que no te entusiasma ese maestro... Yo te diré la fábula de la Rosa, y Dante te obsesquiará con unas *terzine*... ¿A que ya vas comprendiendo los hechizos de la beatitud?

—Si ser beato es *vivir* así, no interrumpir, sino completar la actividad del pensamiento, ensanchar la esfera del goce estético, salir de tantas curiosidades como nos hostigan,—aun convencidos de la imposibilidad de satisfacerlas,—entonces digo que aquí se estará muy bien... ¡Qué placer inmenso el de *revivir* la historia iluminando sus tinieblas, conociéndola tal como fué y no como la ofrecen las pálidas crónicas y las almidonadas narraciones de los historiógrafos!...

—Precisamente—exclamó el Tasso—eso es lo que vas á gozar sin tardanza. No *al dar las doce de la noche*, porque aquí no hay noches ni signos que marquen el curso del tiempo; pero en el instante misterioso que corresponde á la hora terrestre, verás el nacimiento de Cristo *tal como sucedió*... Ven, y aprisa, que ya se acerca el instante solemne.

Le seguí, y salimos de los amenísimos jardines que rodean la Sión divina, á una campiña vulgar, rústica y fragosa á trechos. Atravesamos un villorrio de desparramadas casucas, entrando en él por una puerta de herradura muy ruinosa. Las calles estaban desiertas. Com-

prendí que era la villita de Belén. Seguimos una callejuela que más parecía senda campesina, pues los edificios aislados y en desorden no tenían aspecto urbano, y alcanzamos un vasto espacio vacío, un páramo que semejava agujero abierto en el centro del lugar. Allí vimos una especie de cobertizo, sombreado por un árbol enorme, que me pareció terebinto, y cuyo ramaje se extendía formando techumbre. Al tronco del árbol estaba atado un jumentillo: una mujer joven, vestida de lana blanca, reposaba al pie del árbol, en actitud de cansancio. Notábase el bulto de su vientre...

—Es María—me dijo el poeta.—Siente que se acerca la hora de dar á luz, y quiere lograr asilo en ese cobertizo; José ha ido á hablar con los dueños, y se lo niegan; mira cómo vuelve cabizbajo. Ahora propone á su mujer llevarla á una gruta que sirve de aprisco y establo á los pastores... Ya se levanta ella trabajosamente... Se dirigen á la gruta... Mira.

Salían, en efecto, por la parte oriental de Belén, y seguían un sendero que orillaban derruidos paredones, y fosos, ya cegados, de fortificaciones que se desmoronan. A poco camino que anduvieron, un grupo de arbustos les indicó la gruta, cavada en la roca. Su entrada tenía un saledizo de bálago, abrigo de los pastores. La puerta era de ramas entretrejidas: José la movió y desencajó no sin esfuerzo. En la estancia formada por la excavación y donde entraron los esposos, vi el pesebre, que no era sino pilón ó abrevadero abierto en la piedra

para dar de beber al ganado; encima sobresalía el comedero, aún atestado de seca hierba. Obstruían la gruta esteras y haces de paja; apartólos José, colgó un candilejo de la pared de tierra, mullió la cama para la Virgen, y salió con un odre de cuero á buscar agua; luego bajó á Belén por carbón y escudillas; volvió presto; encendió la hornilla bajo el saledizo y coció tortas y asó manzanas. María comió algo, oró, y se tendió en la cama, suspirando de fatiga. José había vuelto á salir para atender al pienso del asno. Y cuando volvió, la gruta ya parecía inflamada en vivas llamas; fuego sobrenatural, como el de la zarza del monte Horeb, envolvía el recinto. José cayó de rodillas y alzó las manos al cielo.

María, vuelta de espaldas, se apoyaba en la pared de la gruta. Con irreverente curiosidad quise oír sus quejas: no pude... La claridad me cegaba; maravilloso hormigueo sideral, inmensa vía láctea de estrellas subía desde la gruta, centelleando y vertiendo océanos de lumbre blanca, entre los cuales sólo se distinguía un niño recién nacido, más luminoso que el sol, rodeado de una aureola de rayos...

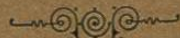
—Ya me ofusca tanta luz—dije á mi gufa.—Ya no veo los detalles humildes, prosaicos y terribísimos que me encantaban: la *realidad* del Nacimiento...

—Eres mortal—contestó el poeta.—No puedes entender... Esa luz que te ciega sale de tu imaginación, surge de ti misma. No hay tal resplandor. ¿No ves al recién nacido, moradito de

frío, lloroso? ¿No ves á su madre, que lo faja y lo empaña?

—No... Luz y más luz...—contesté gimiendo, porque ya mis pupilas no podían resistir, y la vibración lumínica hacia danzar en mi cerebro átomos, primero rojos, luego verde esmeralda, luego morados... Hasta que, dando un grito, el grito de espanto del ciego, exclamé:—¡Nada, nada... Oscuridad completa!...—Y extendí las manos para agarrarme á algo, guiada por el instinto de sustitución inmediata de un sentido á otro...

.....
¿Necesitas, lector, que escriba el clásico *desperté?* ¿Verdad que no? ¿Y verdad que tú tampoco sabes ni qué es *dormir* ni qué es *despertar?*



La estéril.

Aunque las tupidas cortinas, como centinelas vigilantes, cerraban el paso al frío; aunque las lámparas ardían claras y apacibles, derramando bienestar, y la leña de la chimenea, al consumirse, difundía por el aposento acariciadores efluvios cálidos; aunque en la cocina se disponía una exquisita cena, llamada á unir los primores serios de la moderna gastronomía con las risueñas é ingenuas golosinas tradicionales, como la sopa de almendra y la compota; aunque esperaba á su marido para saborearlas en paz y en gracia de Dios, con la sensación adormecida de una tibia felicidad añeja, de una serie de Navidades todas parecidísimas, la marquesa iba advirtiendo predisposición á entristecerse; casi casi á llorar. ¡Como que ya tenía un velo cristalino ante los ojos!

Era la espina, la antigua espina de la juventud, que volvía á hincarse, aguda y recia, en la carne viva del corazón: era la necesidad, mejor

dicho, el hambre de amor, de ternura, de delirio, de abnegación absoluta, de sufrimiento, reapareciendo una vez más para envenenar las últimas horas de la existencia, como había envenenado las primeras.

Para los que no ven sino por fuera y no penetran en las almas, la marquesa era lo que se llama una mujer venturosa. Su marido la quería con cariño sereno y perseverante, y había sido, al par que inteligente administrador de la hacienda común, afectuoso cumplidor de los más mínimos gustos y deseos de su esposa...

Sin embargo, sentíase defraudada la marquesa, sin que pudiera quejarse del fraude en voz alta. ¡Cuántas veces, desvelada en el lecho conyugal, había prorrumpido en sollozos, que despertaban al esposo dormido y le dictaban la pregunta de todos los ciegos morales: "Hija... pero ¿qué tienes? ¿Te duele algo? ¿Estás enferma? ¿Quieres el agua de azahar?", para obtener la respuesta infalible: "No tengo nada... los nervios, hijo... Sí, tomaré unas gotitas."

¿Cómo decirselo? ¿Cómo se formula lo que apenas á nosotros mismos nos confesamos? La marquesa sentía la falta de algo que gastase y absorbiese por completo su devoradora afectividad. Cuando veía á sus amigas pálidas, desmejoradas, arrastrando el peso del embarazo ó bregando con la lactancia, un rayo de envidioso dolor la consumía. Y—¡cosa más indecible y más secreta aún!—cuando oía referir la triste historia de alguna mujer vendida, engañada por un hombre, y que, á pesar de todo, le adoraba

y se pegaba á él como la hiedra al tronco..., el mismo sentimiento amargo obscurecía su espíritu. Porque la marquesa quería amar, y se moría de plétora amorosa, de la estancación del amor en los centros desde donde debe irradiar, penetrando y vivificando todo el organismo...

Escondiendo su noble enfermedad, como si fuese lepra; alta é inmaculada la frente; valeroso y resuelto el ánimo, la marquesa pasó de la edad en que se espera á la edad en que se recuerda, y ya en sus sienes el nimbo de plata de la vejez parecía promesa de calma y reposo... Mas no era así. Al venir el invierno y reconcentrarse el calor al corazón, crecían la angustia y el malestar de la enferma; sus angustias morales se complicaban con el tedio de la vejez solitaria y glacial; y á las diez de la noche del día 24 de Diciembre, arriada á la chimenea, sin que ninguna pena positiva la apremiase, rodeada de lujo, de seguridad y de dignidad, la marquesa dió suelta al llanto, y lloró gimiendo, mordiendo el pañuelo de encaje, ensopándolo en esas lágrimas calientes y vivas, muy salitrosas, lágrimas de pasión, que surcan de fuego las mejillas.

Ni siquiera advirtió que pasaba tiempo, una hora, más de una hora, y que no venía el marqués, ni rodaba ningún coche por la solitaria calle. Sólo cayó en la cuenta de la extraordinaria tardanza de su marido cuando éste se presentó, restregando las manos yertas, secas, finas y largas, y tendiendo las palmas á la llama de la leña, mientras decía con deferente tono:

—Hija, no extrañes... Creí que no iba á venir hasta la una... Me cogió el Señor en la misma esquina, y tuve que ir y que subir á un quinto piso... Y todo para encontrar á una mujer que ya parecía difunta, y que se murió, efectivamente, á los cinco minutos... ¡Brr! Con este frío, no hay guantes que...

—Y si se murió la que iban á viaticar — preguntó la marquesa por decir algo — ¿cómo es que tardaste?

—Verás... Te lo contaré; lo más sencillo... Aquello es un cuchitril imposible, y bulle allí una lechigada de chicos, que se quedan sin padre ni madre... Yo, por suerte, llevaba un par de billetes en la cartera... De haber subido, parecía natural... ¿no crees tú?

Y el marqués miró á su mujer como buscando excusas al rasgo de beneficencia, deseoso de que su generosidad resultase correcta y fría, perdiendo todo colorido filantrópico. Pero la mirada del esposo, que la marquesa no esperaba, sorprendió á ésta con los ojos llenos de agua y el rostro inmutado; y el movimiento brusco que hizo para ocultar su turbación fué más delator aún que la turbación misma. El repitió la eterna insulsez.

—¿Qué tienes? ¿Te pasa algo?

Levantóse la marquesa. Su dolor era tan agudo, que se le escapaba á borbotones de los labios. Echóse al cuello de su atónito esposo, y, como el prisionero que se queja á una pared, le gimió al oído:

—¡Gonzalo, yo no callo más! Se acabó...

33690

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO NEYESA

Yo he sido muy desgraciada... Y tú también... ¡Esta casa sin un niño, sin un pequeño que cuidar! ¡Tan solos, mirándonos á las caras en este silencio, en este fastidio! Gonzalo, esta noche daría yo por un niño sangre de las venas... ¿Qué hicimos para que Dios nos castigue? ¡He llorado más!... Soy infeliz; lo fui siempre... Aunque la gente piense otra cosa, muy infeliz, ¡muchísimo! Debí morirme á los veinte años.

El marqués frunció el ceño. La queja de su esposa le hería en lo más íntimo, humillándole en su doble orgullo de hombre y de último representante de una ilustre estirpe; pero sobre todo le desorientaba, pareciéndole cosa inconveniente y chocante, incompatible con el buen tono, el gusto y la delicadeza.

—¡Hija... lo que es para chicos, ahora ya... me parece que te acuerdas un poco tarde!... Si de mi voluntad hubiese dependido...

Y como la señora siguiese llorando inconsolable, añadió, no sin asomos de impaciencia:

—Mira, Elena, si te encuentras muy sola y necesitas jugar á los muñecos, te traes á casa uno de los chiquitines de Rafaela... Son una monería, tan listos, tan lindos... ¡Rafaela se dará por bien servida!...

—¿De tu cuñada? ¿De una mujer que vive, que tiene derecho sobre sus hijos, que me disputaría á cada hora la criatura? No, gracias... ¡Que se los guarde, y buena pro le hagan!—respondió con despecho la señora.

—Pues entonces...

La mujer estéril calló, pero su mirada ansiosa seguía fija en el marido. De pronto, cogiéndole febrilmente de la manga, preguntó anhelosa:

—¿Y esos? ¿Cómo eran?

—¿Cuáles?—balbuceó el marqués.

—Los... los de la pobre...

—¿De la que murió? ¡Elena del alma! ¿Cómo han de ser? Parecen gusanos... Horribles, sucios... ¡Hay uno raquítico, que asusta de puro feo!

La marquesa calló, suspiró, secó los ojos, y, echando por ellos chispas de codicia, murmuró en voz ardiente y baja:

—Gonzalo, Gonzalo, ¡por Dios!... No me digas que no... Anda, y tráeme de seguida á ese chiquillo raquítico... Yo le sanaré. Yo haré de él un hombre fuerte, robusto... Anda... Te lo pido por la noche en que estamos... ¡Vé á buscar al pobre nene!

El marqués movió la cabeza, como diciendo en sus adentros: "Se acabó: á mi mujer se le ha vuelto el juicio."

—Pero, hija, ¡qué capricho!... ¡Un fenómeno así!... ¿Es para enseñarlo en las ferias? Yo no te traigo pelele semejante. Duerme, hija, que mañana ya te ríes tú del antojito.

La marquesa tomó de la mano á su marido y le llevó á la alcoba, que iluminaba una lámparilla; y señalando al Cristo de marfil, que abría los brazos dominando el copete de la espléndida cama barroca, exclamó con indescribible acento de protesta y algo del humorismo de la mujer segura de su victoria:

—¿Te parece á ti, señor don Gonzalo, que *ese* que nace ahora mismo, nace sólo para los guapos y los derechos?

El criado, entre tanto, buscaba á los señores en el gabinete, para anunciar que la cena estaba servida; y el marqués, apoyándose como en chanza en el brazo de su mujer, decía cortésmente, mientras se dirigían al comedor:

—Ahora, con este frío, supongo que no querrás que salga en busca del monigote. Las pulmonías acechan en la puerta. Mañana á primera hora te lo traigo, y tú ofreces diez duros de propina á quien te lo quite de delante. ¿Y sabes, Leni, que desde que tenemos sucesión has vuelto á tus mejores tiempos? Tienes una cara y un color... Mira, procura que no se enteren por ahí de lo del niño feo, porque nos van á poner en solfa... ¡Hijos á nuestros años... y de esa estampa!

VI

Vida Nueva...

ANGELA entró: llegóse al espejo; dejó resbalar el rico abrigo de pieles; quedó en cuerpo, escotada, arrebolada aún la tez por la sofoquina del sarao, y se miró, y expresó en la cara esa rápida, indefinible satisfacción de la mujer que piensa: "¡No estoy mal! Lo que es hoy parecí bien á muchos."

Fué, sin embargo, un relámpago aquella alegría. Se nublaron los ojos de la dama; cayeron sus brazos perezosos á lo largo del cuerpo, y subiendo con negligencia las manos, empezó á desabrochar el corpiño. Antes del tercer corchete, detúvose. "Le aguardaré vestida—pensó.—Al cabo hoy es noche de Año Nuevo. ¿Será capaz de irse en derechura á su cuarto?"

Cuando Angela, resuelta ya, volvió á subir el abrigo y se reclinó en el diván para aguardar cómodamente, su corazón brincaba muy aprisa, y tumultuosas sensaciones hacían hervir su sangre y estremecían sus nervios. "También no es suya toda la culpa—pensaba acusándose á sí propia, táctica usual en los desdichados.—Yo he dejado que las cosas se

pusiesen así. Veo que desaparecen las costumbres tan monas de la luna de miel... y transijo. Veo que se establecen otras secatonas, vulgares... y resignada. Veo que empezamos á salir cada uno por su lado... y no me atrevo á quejarme en alta voz. Veo que sólo nos hablamos á las horas de comer... y me da vergüenza de presentarme triste ó furiosa. Esto no puede ser; algo he de poner de mi parte. La dignidad es cosa muy buena, sí, muy buena...; pero cuando se sufre y se rabia, y se le pasan á uno por la cabeza tantas ideas del infierno en un minuto, ¡valiente consuelo la dignidad!

No era Angela de las mujeres que lloran á los por tres. Al contrario: aborrecía las lágrimas y los puchereros. Sin embargo, al concluir el soliloquio, sospechó que tenía los ojos húmedos... y, despechada, los frotó con el pañuelito de Alençon que llevaba escondido en el pico del corselete. "El caso es—pensó impaciente—que voy á tener plantón para rato. Me he venido tan temprano, sin querer tomar ni una taza de té... ¿Qué hora será?"

Como respondiendo á la pregunta de su dueña, el reloj de bronce dorado produjo esa ligerísima trepidación que anuncia que va á dar la hora, y empezó á darla, clara, argentina y delicadamente. Angela contaba ansiosa: "Una, dos, tres, cuatro... No cabe duda, las doce... ¡Ha muerto un año, y el siguiente empieza al vibrar la última campanada!"

Angela se levantó. El tocador, que precedía á la alcoba, se encontraba alumbrado solamen-

te por las bujías que ante el espejo encendiera la doncella al retirarse. Otro espejo mayor, el del *tremó*, colocado en frente, reflejaba las lucécillas en su ancha luna, y fingía, allá en el fondo de la estancia, titilaciones vagas de objetos, movimientos de cortinajes y formas extrañas de muebles, que se prestaban á cualquier capricho de la imaginación. Ello es que Angela, exaltada, materializó, por espacio de algunos segundos, la imagen del año que se iba y la del que venía. Los vió tal cual los pintan en alegorías y almanaques: el que se iba, centenario de luenga barba nivea, de agobiado espinazo, de trémulas manos secas, apoyado en nudoso bastón, envuelto en burdo capote gris, del gris acuoso de las nubes; y el que venía, rollizo bebé, en camisa, hoyoso, carrilludo, colorado, juguetón de pies, acariciador de manos, con luz del cielo en los ojos azules y rosas de primavera en los labios, que aún humedece la ambrosía de la leche maternal...

"A la verdad—pensó Angela,—nene, eres muy lindo...; pero me gustarías más si tuvieses la cara de mi José Luis. ¡Año Nuevo, añito nuevo, de poco me sirves si no traes vida nueva!... Mira, añito, que estoy determinada: ó me la traes, ó... ¿para qué quiero la que tengo?" exclamó casi en voz alta, cubriéndose el rostro con las manos y dando rienda suelta á sollozos roncós, rugidos de leona.

De súbito se enderezó; echó atrás la cabeza, brillaron sus ojos, se inflamaron sus mejillas... No cabía duda: *sus pasos*. Aun apagados por

la alfombra, ¡cómo resonaban en el alma! ¡Sus pasos!... ¡Tan temprano!... ¡Tan oportunamente!... ¡Con tal acierto amoroso!... ¡Al dar las doce de la noche, la primer hora del año!

Angela se precipitó á la puerta á tiempo que ya la empujaba José Luis. Su mujer le recibía con loco abrazo, olvidando toda la estrategia de coquetería que momentos antes combinaba para dar la batalla decisiva y recobrar, ó saber si había perdido de veras, al amado esposo. ¡Rara coincidencia! Diríase que un pensamiento mismo ó una misma necesidad de afecto puro, fuerte, sincero, ardoroso, impulsaba á ambos cónyuges, á una misma hora, á soldar la cadena por donde la habían roto desde tiempo atrás la indiferencia y el cansancio del varón. ¿Qué ocultos móviles determinaban la conducta de José Luis? ¿Desengaños y heridas fuera, que le llevaban á buscar calor dentro? ¿O, pensando más cristianamente, ritornelos de un amor no muerto, aunque adormecido? Lo cierto es que desde el primer instante vió y sintió Angela que no era necesario atizar el fuego, pues conoció su intensidad en las ternezas y halagos, en las balbucientes palabras y hasta en el propio silencio del marido, que con dulce violencia la arrastraba al diván, y recostaba en los hombros de raso de la dama una frente tersa y juvenil, cubierta de pelo negro, cuyo aroma conocía Angela tan bien, que sus vagas emanaciones la causaban delicioso escalofrío.

La alegría prestó resolución á Angela, y su corazón, antes cerrado, se abrió como se abre

una flor de estufa en la templada atmósfera que prefiere. Durante un intermedio de venturosa languidez se desató su lengua, tuvo valor para quejarse de lo pasado, y dijo su soledad, su abandono en medio del desierto social, su desesperación muda, sus oscuras meditaciones, sus lágrimas sorbidas, sus protestas silenciosas y hondas... José Luis sonreía, mostrando los dientes blancos entre la limpia y sedosa barba, y contestaba con halagos, con risas, con graciosa mimica tierna y aduladora. "Hoy empieza Año Nuevo, ¿sabes?—suspiraba ella, vehemente, anhelosa, menos embriagada con la realidad que embebecida en la esperanza.—Año nuevo, vida nueva... ¿Verdad que sí? ¿Verdad que no volverán días como esos del año pasado, tan largos, tan fríos, tan horrorosos? ¡Ese año maldito tuvo lo menos diez y ocho meses! ¡Anda, dime que no volverán!... Vida nueva..."—“¡Vida nueva!”,—repitió él festivamente, ayudando, con gentil desmaña, á desceñir el elegante corselete de terciopelo rosa que rodeaba el talle de su mujer...

A la mañana siguiente, Angela despertó antes que la doncella abriese las maderas: ardía aún la lamparilla tras los vidrios de colores que protegían su luz, y en el tibio ambiente quedaban indefinibles rastros de la emoción, de la ventura pasada. Angela miró á su alrededor; se vió sola; y seria, reflexiva, sacudiendo el sueño, se incorporó sobre el codo. "Unas horas felices... sí, ¡pero después!... El se reía; ¡cómo se reía con aquello de *vida nueva!*... ¡Pobre

de mí! No hay que soñar... Hoy empieza un año que será lo mismo que el otro... Hice mal en estar tan cariñosa... ¡Bah! Si el caso volviera á presentarse... ¡estaría lo mismo! Año nuevo, ¡embustero! me has engañado...»

Al pensar así, creyó Angela que en las cortinas que cerraban el paso al tocador se agitaba una figurilla... La escasa luz no la permitió distinguirla claramente; pero la figurilla apartó las cortinas, y Angela no pudo dudar. Era el Año Nuevo, el chiquitín riente, rubio, fresco, con su camisilla de encajes, su gorrito de batista... Debajo del brazo traía una cuna dorada, con lazos de cinta azul. También el reía, como José Luis, pero reía á carcajadas, con la risa deliciosa de la primera niñez, que vierte chorros de inocencia divina, y amenazaba con el dedito á la dama... Hasta fantaseó ella que el nene pronunciaba palabras sueltas, en media lengua confusa «¡Tonta!... Yo necesito... ¡Vida nueva!... ¡Sí... yo... vida nueva!... ¡Yo!...»

Angela juntó las manos. Sus ojos se dilataron; su pecho se alzó para respirar ansiosamente; una ola de misterioso júbilo ascendió, desde las profundidades de su ser, al rostro transfigurado por extática beatitud.

«¡Un niño!», —murmuró temblando.

VII

La Niña Mártir.

No se trata de alguna de esas criaturas cuyas desdichas alborotan de repente á la prensa; de esas que recoge la policía en las calles á las altas horas de la noche, vestidas de andrajos, escuálidas de hambre, ateridas de frío, acardenaladas y tundidas á golpes, ó dislacradas por el hierro candente que aplicó á sus tiernas carnecitas sañuda madrastra.

La mártir de que voy á hablaros tuvo la ropa blanca por docenas de docenas, bordada, marcada con corona y cifra, orlada de espuma de Valenciennes auténtico; de Inglaterra la enviaban en enormes cajas los vestidos, los abrigos y las tocas; en su mesa abundaban platos nutritivos, vinos selectos; el frío la encontraba acolchada de pieles y edredones, y diariamente lavaba su cuerpo, con jabones finísimos y aguas fragantes, una *chambermaid* británica.

En invierno habitaba un palacete forrado de tapices, sembrado de estufas y caloríferos; en verano, una quinta á orillas del mar, con jardines, bosques, verjeles, alamedas de árboles centenarios y diosas de mármol que se inclinan

para mirarse en la superficie de los estanques al través del velo de hojas de ninfea...

Si quería salir, preparado estaba en todo tiempo el landó ó el sociable; si prefería solazarse en casa, le abrían un armario atestado de juguetes raros, y salían de él, como salen de una viva imaginación los cuentos, seres maravillosos, creaciones de la magia moderna; el jockey vestido de raso azul y botón de oro, con su caballo que galopa de veras y salta zanjas; la muñeca que mueve la cabeza y abre los ojos, y llama á sus papás con mimoso quejido infantil; la otra muñeca bailarina que, asiendo un aro de flores, gira, revolotea, se columpia, danza y repica con los pies, y, por último, saluda al público, enviándole un beso volado; el cochecillo eléctrico, el acróbata, el mono violinista, el ruiseñor mecánico, que gorjea, sacude la cabecita y eriza las plumas; todos los autómatas, todos los remedos, todos los fantoches de la vida, que á tan alto precio se compran para entretener á los hijos de padres acaudalados.

Pues no obstante, yo os digo que la niña de mi cuento era mártir, y que mártir murió, y que después de muerta, su cara, entre los pliegues del velo de muselina, mostraba más acentuada que nunca la expresión melancólica y grave, tan sorprendente en una criatura de diez años, adorada y criada entre algodones.

Mártir, creedlo; tan mártir como las abandonadas que en las noches de Enero se acurrucan tiritando en el umbral de una puerta. La

vida es así; para todos tiene destinado su trago de ajeno; sólo que á unos se lo sirve en copa de oro cincelada, y á otros en el hueco de la mano. El dolor es eternamente fecundo; unas veces da á luz en sábanas de holanda, y otras sobre las guijas del arroyo.

Hija de padres machuchos, que contaban perdida toda esperanza de sucesión; única heredera de ilustre nombre y de pingües haciendas, la niña fué desde sus primeros años víctima de sus propios brillantes destinos. Pendientes de sus más leves movimientos, espiando su respiración, contando los latidos de su corazoncillo inocente, los dos cincuentones la criaron como se cría en el invernáculo la flor rara, predestinada á sucumbir al primer cierzo. Un médico, que bien podemos llamar de cámara, tenía especial encargo de llevar el alta y baja de las funciones fisiológicas de la criatura. Se apuntaban las chupadas de leche que pasaban del seno del ama á la boquita de la nena. Un reloj puntualísimo marcaba por minutos el sueño, el despertar, las horas de comer, la del aseo, la del paseo. Un termómetro graduaba el temple del agua de las abluciones; fina balanza pesaba el alimento y las ropas, según las prescripciones y órdenes minuciosas del doctor. Cuando vino la crisis de la dentición, y con ella el desasosiego, la impaciencia, la casa se convirtió en una Trapa: nadie alzaba la voz; nadie pisaba fuerte por no sobresaltar á la niña, por no quitarla el sueño.

El régimen pareció higiénico y se hizo per-

manente ya. Diríase que aquella morada sordomuda era una capilla erigida al dios del silencio; y la niña, con la singular adivinación que á veces demuestra la infancia, comprendiendo que allí los ruidos no tendrían eco, ni eco las risas, fué, desde que rompió á andar, calladita, formal, obediente, seria... tan seria y tan obediente, que daba una lástima terrible.

Hubo un terreno en que no pudo ser tan docil. Desplegando la mejor voluntad, la niña no lograba sacar buen color, el color de manzana sanjuanera que alegra á las madres. Su tez de seda, satinada y transparente por la clorosis, se jaspeaba con venitas celestes y á trechos con la suave amarillez del marfil. Sus ojos azules, de un azul obscuro, eran hondos, tranquilos y resignados. Su boca parecía una rosa desteñida, mustia ya.

Sea por el cuidado que habían puesto en que no sintiese nunca la menor impresión de frío, ó sea por el mismo empobrecimiento de la sangre, era tan friolera, que, en el rigor del verano, vestía de lana blanca, con polainas y guantes blancos también. Al verla pasar toda blanca, esbelta, derecha, despaciosa, grave, las ideas sanas y humorísticas que infundé la niñez cedían el paso á otras ideas fúnebres, de claustro y de mausoleo. No creáis que sus padres no advertían que la niña era una lamparita de esas que apaga un soplo. Tanto lo advertían, que por eso mismo cada día calafateaban mejor las rendijas por donde pudiese deslizarse una ráfaga perturbadora. Así que blindasen, acolchasen y forrasen com-

pletamente la casa, no penetraría el hálito sutil de la muerte. Vengan algodones, vengan telas, vengan clavos; aislemos, aislemos á la niña. ¡Ah! ¡Si la madre pudiese restituirla á la concavidad del claustro materno, y el padre al calor de las entrañas generadoras! ¡Si fuese dable meterla en la campana neumática, ó alojarla en la máquina donde incuban los polluelos!

Por la ventana, entreabriendo los pesados cortinajes, la niña veía á veces jugar en la calle á los desharrapados granujas. Frescos, risueños, turbulentos, derramando vida, los chicos se embestían con una cabeza de toro hecha de mimbres, ó se liaban á cachete limpio, ó se santiaguaban con peladillas. En la quinta, desde donde se dominaba la playa, granujas también, los hijos de los pescadores, que, desnudos, bronceados, ágiles y saltadores como peces, y en bandadas como ellos, se bañaban, permaneciendo horas enteras dentro del agua verdosa, en que se zampuzaban á manera de delfines.

Por orden del médico, la niña se bañaba también. La habían preparado una cómoda y ancha caseta; allí la desnudaban, y arropada en mil abrigos, la llevaban á los brazos del bañero, que la sepultaba un momento en el mar y la sacaba inmediatamente, recibida la impresión. Esta impresión era, por cierto, terrible. La sangre afluía al corazón de la criatura: trémula y con las pupilas dilatadas, miraba aquel infinito espantable, aquel abismo de agua verde y rugiente, la ola que avanzaba pavorosa, cóncava, cerrándose ya como para devorarla; y los dientes

de la niña castañeteaban, y pensaba para sí "Tengo miedo.", Pero ni un grito, ni un suspiro la delataban. El voto de silencio no lo rompía ni aun entonces. Sólo que después, al ver desde la ventana á los traviesos gateras en familiaridad con las terribles olas, jugueteando con ellas lo mismo que gaviotas, pensaba la niña mártir: "¿Cómo harán para ser tan valientes esos chicos?"

Entre tanto, la muerte, riéndose con siniestra risa de calavera, se acercaba á la señorial y cerrada mansión. Es de saber que no encontró ni puerta por donde pasar, ni siquiera por donde colarse, y hubo de entrar, aplanándose, por debajo de una teja, á la buhardilla; de allí, por el ojo de la llave, pasar á la escalera, y desde la escalera, enhebrarse por debajo de la levita del médico, que se metió casa adentro muy impávido, con la muerte guardadita en el bolsillo, detrás de la fosforera.

A causa de tantas dificultades como encontró para insinuarse en la casa de la niña, la muerte quedó algo quebrantada, y no se presentó con empuje y arresto, sino con mansedumbre hipócrita, tardando bastante en llevarse á la criatura. El tiempo que aguardó la muerte á tomar bríos, fué para la mártir larga cuestión de tormento.

Drogas asquerosas, pócimas nauseabundas por la boca, papeles epispásticos y vejigatorios sobre la piel; cauterio para las llagas que abría en su garganta la miseria de su organismo; todo se empleó, sin que rompiese el voto

del silencio la víctima, y sin que sus verdugos atendiesen á la súplica de sus vidriados ojos... porque aquellos verdugos la idolatraban demasiado para perdonarla ni un detalle del suplicio. Sólo en el último instante, cuando todavía la presentaban una cucharada de no sé qué menzura farmacéutica, la niña suspiró hondamente, se incorporó, dijo que no tres veces con la cabeza, y echando los brazos al cuello de la insensata madre, pegando el rostro al suyo, murmuró muy bajo: "Abre la ventana, mamá."

Era, sin duda, la congoja del postrer ataque de disnea que empezaba. Poco duró. Y la mártir quedó bonita, cándida, exangüe, pero con una expresión de amargura reconcentrada, como el que se va de la vida dejándose algo por hacer, por decir ó por sentir; algo que era quizá la esencia de la vida misma.

En el ataúd forrado de raso, bajo las lilas blancas que la envolvían en aristocráticos aromas, los pobres despojos pedían justicia, se quejaban de un asesinato lento. Por ser la estación primaveral y la noche templada, y por disipar el olor á cera y á difunto, los que velaban á la niña abrieron la ventana. Al entrar la bienhechora bocanada de aire libre, la carita demacrada pareció adquirir plácida expresión de reposo.

Tal vez no quería pasar sin orearse del encierro de su casa al encierro del nicho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1928 MONTERREY, MICHICO